

Valeria Iraheta Chávez

**La imposición de ser perfecta: opresión, autoerotismo e histeria femeninos
en “Anita la cazadora de insectos” de Roberto Castillo**

Universidad de Costa Rica

valeria.iraheta@ucr.ac.cr

Anita era modelo de todo, hasta que le dio por cazar insectos

Roberto Castillo

Degradación. Es lo que se plantea en el epígrafe de este trabajo, el cual corresponde al incipit de “Anita la cazadora de insectos” (1985) de Roberto Castillo. Pero, ¿según qué criterios se puede hablar de degradación? Para que algo o alguien se degrade, antes debió haber respondido a cierto modelo prestigioso, al cual es inherente a toda una serie de comportamientos y restricciones. En el caso particular del personaje que se analizará, Anita, a través del texto se observa cómo ella, poco a poco, se aleja de ese molde de perfección femenino, al acercarse, por otro lado, al de la mujer *histérica*¹; siendo este el punto máximo de descenso a una condición casi desprovista de humanidad. Hay que destacar que la *histérica* como motivo literario fue constante sobre todo durante el siglo XIX y principios del siglo XX; de hecho, este personaje puede hallarse en obras de teatro románticas tanto españolas como hispanoamericanas –sobre esto se profundizará más adelante–, en las que se representaba a esta mujer como un ente casi espectral: errante, enloquecida y desaliñada. Por lo que resulta interesante que en un texto de la década de los

¹ La cursiva es propia. La palabra *histeria*, utilizada para referirse a un padecimiento mental, cayó en desuso durante los primeros años del siglo XX. Sin embargo, se utilizará en este trabajo para referirse al estado psíquico del personaje, por razones que serán explicadas más adelante.

ochentas se encuentre el ejemplo de Anita, quien encaja a la perfección con la caracterización clásica de la *histérica*.

Sin embargo, antes de ahondar en el análisis, es necesario hablar de Roberto Castillo y de su obra, específicamente sobre este, su cuento más antologado. Y aunque para muchos puede pasar como un autor casi desconocido, críticos como Edward Waters Hood, lo consideran uno de los escritores más destacados en la literatura hondureña reciente; en especial, a raíz del impacto que tuvo su novela *El corneta* (1980) en este país. Por su lado, Paguada lo llama “un joven valor del nuevo cuento hondureño” (395). Aunque murió joven –a los 57 años– Castillo publicó no solo varios libros de cuentos, sino también ensayos filosóficos, pues adicionalmente fue profesor en la Universidad Autónoma de Honduras, y consejero de redacción en algunas revistas. Llama la atención que una obra tan abundante y diversa como la de Castillo pase inadvertida hasta hoy por la crítica en general, ya que una búsqueda superficial sobre esta arroja pocos resultados, y una mucho más profunda, casi ninguno. Tomando en cuenta, además, que no todos los autores pueden darse el lujo de contar con una adaptación cinematográfica de uno de sus relatos, como es el caso de la película de *Hispano Durón* (2000), basada en “Anita la cazadora de insectos”.

Por su parte, ¿qué puede decirse de este relato? A primera vista puede parecer un cuento simple, pero tras la simpleza de su narración, esconde una temática compleja y rica en significados y, sin embargo, este ha sido un texto injustamente ignorado por la crítica, la cual se ha limitado a decir lo obvio, sin profundizar en esa parafilia que se revela desde el título, y sobre la que gira el cuento.

El texto nos relata, desde la perspectiva de uno de los hermanos de la protagonista, la historia de Anita, una muchacha ejemplar y poseedora de una gran belleza. A su vez, el relato se centra también en el ascenso socio-económico del grupo familiar, que parece verse favorecido por la popularidad y el respeto que infunde Anita, como si ella fuera una especie de amuleto. Por esta razón, a la joven se le niega todo tipo de contacto con el sexo opuesto; salir sin permiso o sin supervisión, entre otras medidas que pretenden enclaustrarla. Sin embargo, la situación cambia una vez que la muchacha comienza con la extraña costumbre de coleccionar o cazar insectos. Es

aquí cuando el estatus de Anita como modelo a seguir entre las jóvenes de su clase se tambalea, pues, sumado a su afición, su comportamiento comienza a ser cada vez más reprochable. Anita deja de ser la misma. Sus padres incluso llegan a buscar ayuda psiquiátrica al observar cómo va perdiendo contacto con el mundo y prefiere pasar las tardes atrapando insectos para frotarlos contra su piel. Más adelante, la muchacha llega a escaparse, a veces por días, hasta que por fin, al final del cuento, se menciona que Anita está embarazada, por lo que su padre, cada vez más atribulado económicamente, decide echarla de la casa, lo que al mismo tiempo trae la ruina de la familia en todo aspecto. Lo último que el narrador menciona sobre ella es que perdió a su hijo y que se dice que vaga por las orillas de los ríos, buscando insectos en el fango.

Aunque esta transformación del personaje parece ocurrir sin motivo aparente, este artículo desea proponer una lectura que analice las causas y etapas de esta degradación que sufre Anita. Por lo que es necesario volver a hacer referencias al incipit del texto, que de alguna forma concentra el proceso de transformación que sufre su protagonista: una muchacha perfecta, orgullo y estandarte de una familia estable que va en ascenso social. Como se dijo anteriormente, a través del texto se observa, paralelo al mejoramiento económico y social del núcleo familiar, el descenso de Anita hacia un estado de *histeria* femenina. Por lo que se propone que las causas de este trastorno sean las exigencias, prohibiciones y expectativas de género impuestas, desde un sistema-familia represivo, en el que Anita se ve obligada a desarrollar formas de autoerotismo poco convencionales, en compensación a esa sexualidad que se le ha vedado en su hogar. Esta “perversión”, como es visto por los padres de la joven, le permitiría ejercer su sexualidad de una forma más libre, aunque no sin consecuencias sociales.

De esta forma, a partir del cuento pueden establecerse tres etapas para explicar la evolución, o mejor dicho, la involución de Anita como mujer ideal, así como el fracaso de su familia. La primera corresponde a la opresión familiar-social, en la cual Anita estaría controlada por el discurso moral y por las expectativas que se tienen de ella; la segunda abarca el desarrollo del autoerotismo como medio liberador y de evasión, pero que se intenta reprimir por medio del discurso psiquiátrico; y la etapa final, que marcaría la muerte simbólica de Anita, trata esa

histeria sublimada, donde se observa el último y catastrófico estado de una mujer sumida en el castigo de la locura.

El narrador observa el proceso de Anita, de quien destaca que “tenía buenos modales, sabía hacer tantas cosas buenas y bonitas, y sus amistades eran lo mejor de nuestra sociedad” (83). Se muestra al lector la época dorada de Anita, en la que ella era admirada por su forma de hablar y comportarse, sus buenas calificaciones, su talento para el deporte y el arte y sobre todo, por su belleza. Todo lo anterior, va de acuerdo a lo que se esperaría de una buena muchacha de sociedad. Por su lado, el padre de Anita, pareció verse afectado positivamente gracias a ella: recibe un ascenso, lo que le permite adquirir más comodidades para la familia, y forjarse una reputación.

Es así como Anita parece ser el objeto de prestigio, lo que contradeciría lo planteado por Mabel Burin, quien menciona que el nexo entre el mundo exterior y la familia es el “esposo/padre” (81), el cual además determina la posición de clase y el estatus social. En el cuento, el padre no concuerda con esta definición, sino que Anita es la aseguradora aparente de la mejoría y el ascenso socioeconómico; por esta razón, hay muchas apariencias que cuidar y muchas expectativas por cumplir, por lo que el control sobre la vida social y sexual de la joven entra en escena. He aquí la primera etapa: la opresión.

Hay una enorme preocupación por la castidad de Anita. De hecho, se dice explícitamente en el texto que:

[...] las amigas de Anita eran de lo mejor [...] Anita estaba con ellas, a veces, en las fiestas del Casino, pero nunca en las fiestas privadas. Papá decía que era mejor así, que en el Casino la podía cuidar siempre alguien de la familia y que, en cambio, en esas fiestas privadas nunca se sabe [...] Allí anda siempre tanto rico sinvergüenza y descarado [...]. y que ella sólo [*sic*] es de la casa al colegio y del colegio a la casa [...] (85-88).

Esta primera parte del cuento insiste en la vigilancia estricta bajo la cual está Anita, quien desea mejores relaciones con las personas, a lo que su papá le responde que debe esperar hasta graduarse de Administradora de empresas, carrera que él ha decidido por ella. Sus padres tienen un miedo atroz a que viaje a lugares donde las mujeres tengan –según ellos, “mala fama”– o a

que se junte con “la muchachada del barrio” o bien, que se aproxime a esos jóvenes que ella veía con sus amigas desde el balcón, quienes tenían el hábito de “pasarse por las armas” (87) a las muchachas que se subían a sus autos. También se podría deducir en el cuento que los valores morales están muy arraigados en Anita, quien se ruboriza y se molesta con sus amigas cuando le hacen bromas pícaras del tipo “el tal o el cual es el novio tuyo, Anita” (87).

Lo anterior ejemplifica lo que Burin, coincidiendo con Moncrieff, subraya acerca del papel que tiene la familia como primer ente creador de discursos sobre la sexualidad. Se dice de esta que es “una de las instituciones sociales que tienen a su cargo 'las técnicas polimorfos del poder' respecto de la sexualidad humana” (Burin 88). Por esta, razón se ha decidido utilizar el término sistema-familia para este análisis, pues sintetiza ese funcionamiento mecánico que define los modelos de lo debido, lo indebido, lo normal y lo descarriado (ver Moncrieff 6).

El texto muestra que la atmósfera inquisidora, propiciada por esa institución de poder, despierta en Anita un deseo de evadir su realidad:

Por aquel tiempo empezó a quedarse quieta durante las clases. Ponía la mirada fija como en el vacío. Cuando algún mosquito volaba cerca, ella extendía [...] la mano [...] y lo atrapaba [...] Nadie se dio cuenta de que allí nació un hábito al que Anita jamás renunciaría. (88).

Esta es la primera señal de la transición hacia la etapa de la búsqueda de una alternativa sexual. Aunque el texto no es explícito en este sentido, lo que Anita practica podría identificarse como formicofilia, desviación que consiste en obtener placer erótico a través de hacer reptar insectos por el cuerpo, llegando incluso a aplastarlos. Como se mencionaba, los escasos análisis sobre este texto no identifican esta parafilia, ni siquiera parecen prestarle atención, pese a que el cuento tiene en su título “cazadora de insectos”. De hecho, en el prólogo de *El nuevo cuento hondureño*, se hace una pequeña referencia a lo que el crítico Hernán Antonio Bermúdez, de una forma muy simplista, llama una “conmoción arrolladora” (8) ocasionada por la enajenación de los jóvenes de clase media. En ningún momento indaga más sobre la naturaleza erótica que puede inferirse en el texto sobre este aspecto.

Para un análisis más profundo de esta “conmoción”, es pertinente destacar las posibles causas del origen de una parafilia. Jiménez destaca que los sujetos que desarrollan lo que se conoce como aberraciones sexuales, ven que ese objeto de placer les es “más asequible que el objeto sexual normalizado” (6); poseen, además, historias personales de padres sobreprotectores, así como problemas para relacionarse, tanto en el colegio como en otros ámbitos. A los individuos con alguna parafilia este comportamiento empieza a generarles un progresivo deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de su vida cotidiana.

Según el relato, esta conducta de Anita era inofensiva al principio, pero de pronto, la joven se vuelve callada, se escapa para explorar los jardines descalza, en busca de insectos para su colección (al mismo tiempo que su padre bebe whisky, juega partidas de póker y tiene una amante). Posteriormente, su estado físico empieza a verse afectado también, puesto que come menos y se ve más pálida. Poco a poco la joven empieza a tener un comportamiento problemático, que ya es el primer vistazo a su condición de mujer *histérica*. Más adelante en el cuento, se describe el matiz sexual que adquiere su cacería: “Mordía los insectos recogidos y después se los restregaba por la cara, los brazos y las piernas [...] traía la cara sucia [...] y estaba en un solo temblor, pero en su rostro había una felicidad extraña.” (89). La primera reacción de sus padres ante esta plenitud poco ortodoxa es llamarla “loca” y de inmediato, proceden a confinarla en su habitación.

Retomando lo que Burin y Moncrieff señalaban sobre la familia, ambos concuerdan en que una vez que se detecta algún tipo de “sexualidad periférica” el sujeto pasa del dominio discursivo familiar, al control psiquiátrico. Burin explica: “Parece que se trata de hallar nuevas formas de control social [...] La sexualidad pasa a manos de los expertos [...] y se vuelve medicable.” (89). Esto se cumple al pie de la letra en el cuento, ya que, conforme los escapes de Anita se vuelven más frecuentes, y ella se ve más “bella que nunca” (90), sus padres deciden recurrir a un psiquiatra, no sin antes reprenderla a golpes.

La tercera etapa surge cuando el tratamiento psiquiátrico no surte efecto. Anita reanuda sus fugas, a veces hasta por días, mientras que comienzan a correr rumores de que se le ve con

“amistades extrañas en los parques” (90). El encierro y el maltrato contra ella se intensifican; entretanto, su madre trata de justificarla mencionando que ella todavía sigue “enferma”. Respecto a esto, Kassandra de la Vega apunta que las mujeres que se oponen a lo que la sociedad tiene dictado para ellas son procesadas por el discurso médico, siendo llamadas de inmediato enfermas, locas o *histéricas*. El uso de la palabra *histeria* resultaría problemático en la actualidad; sin embargo, se utiliza en este análisis por la simple razón de que el diagnóstico decimonónico de la *histeria* era aplicado indiscriminadamente a cualquier mujer que desafiara los cánones y la moral públicos, justo como lo hace Anita.

El descenso del personaje se manifiesta a partir de esta tercera fase. Puede notarse incluso en el nivel de la representación, que Anita empieza a cumplir con la descripción de la loca/*histérica* recurrente en la tradición romántica, trabajada por David T. Gies, quien cita la obra *La hija de las flores* (1852) de Gertrudis Gómez de Avellaneda: “Sale Inés a la escena, desmelenada, el rostro desencajado, y desordenado el vestido.” (Citada en Gies 18). Esta descripción puede compararse con la que aparece en el cuento, cuando se relata el regreso de Anita de su última fuga:

[...] apareció descalza, vistiendo unos blue-jeans que no eran de ella [...] Entró cantando, sin saludar a nadie. Traía la cara y el pelo cubierto de mosquitos y se llenaba de sangre porque se los deshacía a palmadas [...] y le chorreaba con el sudor la sangre. (91).

Según Gies, este tipo de descripciones son el “perfecto símbolo cósmico de [...] desorden mental y existencial” (6).

Los padres de Anita le reprochan lo ingrata que es al comportarse así, pero lo que parece dolerles más es el “desprestigio” (91) que les trae, sobre todo cuando han acumulado una gran deuda con el psiquiatra. El último escape de Anita, del cual regresa más trastornada, es el que termina de destituir la como mujer perfecta. Aquí es cuando se descubre que está embarazada. Naturalmente, es expulsada de la casa por su propio padre. A partir de ahí, Anita vaga de lugar en lugar, hasta que termina siendo una pordiosera.

Se observa, tanto en De la Vega como en D'Allolio, que lo que la sociedad llama locura en las mujeres, tiene más un cariz moral que clínico, pues está relacionado con la conducta de una mujer que ya no observa el mundo desde un balcón, sino que se lanza a explorarlo. Esas son “las brujas” o “las putas”, juzgadas por sus crímenes y, por lo tanto, merecedoras de un castigo. D'Allolio pone como ejemplo las obras *El combate* (1914) de Eduardo Calsamiglia; *Los huérfanos* (1910) y *María del Rosario* (1907) de Daniel Ureña. Los tres textos coinciden en ese tratamiento focalizado en la locura femenina, sobre todo el histerismo. Todas las mujeres presentes en los dramas cometieron algún “crimen” de carácter moral, como el adulterio, relaciones sexuales premaritales o libertinaje. En palabras de D'Allolio, ninguna de las mujeres asume “el rol femenino determinado por la sociedad [...] su papel de esposa y madre bajo la autoridad masculina” (17), de forma que se ven condenadas al mismo desenlace: la deshonra, el enclaustramiento, o bien, el convertirse en mujeres errantes y desquiciadas, las mismas que destaca Gies en su trabajo.

El mismo castigo le espera a Anita. Ya despojada de su honra, disuelta como individuo, el narrador cuenta lo que ha escuchado sobre ella:

Dicen que a las orillas de los ríos que circundan la ciudad ella busca, metiendo las manos entre la arena, jaibas y lombrices [...] Parece que en un tiempo la chiquillada de esas zonas la perseguía hasta meterle miedo, y cuando ella empezaba a correr gritaban que ahí va la Siguanaba [...] (92).

En el fragmento anterior se describe a la típica mujer caída en desgracia, la que antes era un ángel lleno de virtudes. Ahora está muerta en vida, pues en su antiguo hogar se prefiere no mencionar su nombre. Y no es gratuito que se le compare con la Siguanaba –Segua o Cegua, dependiendo de la región–, figura típica del folclor latinoamericano, pues tanto esta como Anita comparten el hecho de haber sido mujeres hermosas que tenían todo, pero que lo pierden al convertirse en el ejemplo paradigmático de la mujer pérfida, cuyo castigo es vagar eternamente por su inmoralidad.

Por otro lado, junto al derrumbamiento de ese objeto de seguridad socioeconómica que era la muchacha, se dice que la “casa se volvió distinta después de lo de Anita” (92). El sistema-familia se tambalea al no tener de dónde sostener sus apariencias, pues ha fallado como institución promotora de “buenos valores”. Esa hija descarriada es suficiente como para traer vergüenza y desgracia a toda la familia. De hecho, la madre sufre de crisis nerviosas; el padre es alcohólico y debe pagar muchas deudas, y el joven hermano de Anita termina diciendo que será enviado a la escuela militar, lo que le promete un futuro opresor. Su padre piensa que quizá así no se “eche a perder” como Anita.

En conclusión, “Anita la cazadora de insectos” es un texto casi inexplorado, más complejo de lo que parece a simple vista. En este cuento, se observa un proceso de degradación sistemático, con tres etapas bien diferenciadas: la opresión, el desarrollo del autoerotismo/parafilia, y la *histeria*, la cual termina de hundir a Anita. El análisis de cada una de estas fases, sin recurrir a simplismos relacionados meramente con el aspecto socioeconómico presente en la obra, arroja respuestas sobre el cómo se configura el personaje de la *histérica*, el qué la lleva a ese estado y cuál es su destino. Igualmente, ahondar en esta figura permite, como se observó en este trabajo, establecer paralelismos con las distintas formas en que se ha representado este personaje en la literatura. Si bien, el auge de la *histérica* como motivo artístico fue en la literatura decimonónica y de inicios del siglo XX, el relato de Castillo presenta una reelaboración del personaje. De modo que un interesante ejercicio sería rastrear en textos más recientes si ha habido algún tipo de actualización al respecto, y si lo hay, de qué forma se ha renovado el tópico de la mujer *histérica*.

Por otro lado, el análisis del texto permite observar la caída de un sistema-familia preocupado por las apariencias y el ascenso social. Una vez que esa carta de presentación, que es Anita, falla, el sistema pierde todo el prestigio obtenido a expensas de una mujer estandarte, a la que se le pide perfección. Por lo tanto, no queda otro remedio que condenarla a la maldición de la locura y la marginalidad desde el momento que desobedece a un sistema-familia opresor que no tiene problemas en planear un futuro para Anita, ni en exigirle más de lo que puede dar.

Bibliografía

Burin, Mabel, e Irene Meller. *Género y familia: poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

Castillo, Roberto. "Anita la cazadora de insectos". *El nuevo cuento hondureño*. Ed. Jorge Luis Oviedo. Dardo Editores, 1985. 83-92.

D'Alolio, Ileana. "El discurso literario costarricense sobre enfermedad mental y locura femenina (1890-1914)". *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, 5.1-2 (2005): 1-31.
<<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43926968017>>.

De la Vega, Kassandra. "Loca de patio. Opresión de la mujer a través de la psiquiatría". Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, 2014.
<https://www.academia.edu/9761098/Loca_de_Patio_Opresi%C3%B3n_de_la_Mujer_a_trav%C3%A9s_de_la_Psiquiatr%C3%Ada>.

Gies, David. "Romanticismo e histeria femenina en España". *Anales de Literatura Española* 18 (2005): 215-225.
<http://www.cervantesvirtual.com/portales/universidad_iberoamericana/obra-visor-din/romanticismo-e-histeria-en-espaa-0/html/01341022-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_0>

Hood, Edward Waters. "Honduras en la cruz: El corneta de Roberto Castillo". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 16 (2008).
<http://istmo.denison.edu/n16/articulos/hood_honduras.html#textos>

Jiménez, Rafael. "La génesis de las parafilias sexuales y la homosexualidad egodistónica: el Modelo de los Mecanismos Tensionales." *Avances en Psicología Latinoamericana* 30 (2012): 146-158. <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=79924085011>>

Moncrieff, Henry. "Sexualidad y sociedad moderna. El saber de que aún no somos del todo libres". *A Parte Rei: revista de filosofía* 50 (2007).
<<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/moncrieff50.pdf>>

Oviedo, Jorge Luis. "El cuento hondureño". *El nuevo cuento hondureño*. Ed. Jorge Luis Oviedo, Dardo Editores, 1985. 1-10.

Paguada, Miguel. "Breve reseña del cuento moderno hondureño". *Cuadernos Hispanoamericanos* 37 (1981): 385-386. <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/breve-resea-del-cuento-moderno-hondureo-0/>>